

Doy remate a esta carta reiterando a V. R. el homenaje de mi sincero aplauso, alta estima y amistad cariñosa.

R. M. CARRASQUILLA

EL SIFON SANGRIENTO

La mano del tratante en bueyes se posó, pesada y velluda, sobre el picaporte de la puerta.

El despacho de vino, aislado en la gran carretera departamental, estaba aquella tarde vacío de todo parroquiano, y el dueño, ayudado de dos mozállones, sus hijos, alineaba las botellas en el fondo de la trastienda.

—¿Nadie?—gruñó el tratante con tono interrogador.

—¡Hola! ¡Hola! Es usted, amigo Koufman.... Buen calor se ha descolgado hoy en la carretera.... ¿eh?...

—¡Ya lo creo!... Buena ración de polvo he tenido que tragar.

—Lo que es como tuviéramos tantas piezas de cien sueldos, ¿verdad? ¿Qué quiere usted tomar? ¿Ajenjo? ¿Cognac? ¿Fin champagne? ¿Madera? ¿Ron?

—¡No!... Deme sólo un vaso de tripoli para limpiar el fusil.

Mientras que el tabernero le sirve el vaso, Koufman se deja caer sobre una silla, saca un gran pañuelo a cuadros del bolsillo de su ancha blusa azul, y con el palo entre las piernas se enjuga la frente, soplando como sus bueyes.

—Lo que es como polvo, hay polvo de veras, y a montones....

Mas para contrarrestarlo tenía en su bolsillo cuatro mil francos, cuatro billetes de a mil francos. Había vendido su ganado con doscientos francos de beneficio en cada par de bueyes ...

Si todos los días fueran como aquél, pronto plantaría berzas en sus tierras, y de las mejores.

—¿Conque dice usted que lleva?...

—Cuatro billetes.

—¿De mil?

—De mil.

—¿Y no teme usted volverse esta noche sólo por esos caminos?

—¿Temer? ¿Me cree usted tan mandria como todo eso? Además, yo tengo mis convicciones.... ¡Bah!... ¡Mire usted!...

El tratante en bueyes, abriéndose la camisa de franela, descubrió entonces un pecho velludo, tiró de la punta de un hiladillo, negro de sudor, y enseñó dos modestas medallas enmohecidas, que besó respetuosamente.

—¿Ve usted estas dos medallas?... ¡Son, San Benito, patrón de los viajeros, y San Antonio, protector de los pobres, dos famosos santos que no dejan jamás en el atolladero al que los invoca! Con ellas encima puedo partir a media noche y atravesar la Garganta de los Lobos, y aunque estuviera rebosando de judíos, saldría ileso y con armas y bagajes....

El vinatero soltó una carcajada estrepitosa. ¡Cómo era posible que un hombre inteligente, que llegaba a ganar doscientos francos en un par de bueyes, creyera en tales candideces de salvaje!...

—¡Pues así lo creo!

—¿Es posible?...

—Usted puede creer lo que guste....

—¡Es que yo no creo en nada!

—¡Perdone.... usted tiene la creencia de que no cree en nada! ¡Viene a ser lo mismo!

Y el tratante, desviándose los bigotes, tiesos como dos cepillos de uñas, tomó un buchecito de su licor de fuego.

—¡Estas charlas le animan a uno! ¡Estaba aplastado por el calor!...

—De modo—dice el vinatero sin perder de vista su idea,—de modo que usted cree que con sus dos chismecillos.... ¿cómo ha llamado usted a esos dos perendengues de metal?... ¡Ah, sí! ¡Medallas!

—¡Eh!.... ¡Mi amigo! ¿Usted quiere chancearse conmigo? En ese caso hagamos punto, porque si usted no lo sabe, se lo diré ahora.... ¡Yo tengo malas pulgas!

El tabernero reprimió un gesto, y cambiando la conversación....

—¿Quiere usted que le sirva otro vaso?

—¡Bueno! ¡Eso no se rechaza nunca! ¡Pero qué polvareda, señor, qué polvareda!

* * *

Un cuarto de hora después el sol poniente dibujaba una sombra inmensa en el campo.

Era Koufman que se dirigía plácidamente por el camino que conduce a los Ecouchies.

El viento de la tarde soplaba, hinchándose, en su ancha blusa azul, y parecía agitarla ante el horizonte sin fin como un saludo de despedida.

Durante algunos minutos el tabernero le vio marcharse. Luégo, acometido súbitamente de una idea, dio un silbido llamando a sus dos hijos, que vinieron como perros a los que se atiza un puntapié, enjugándose las manos con un pico de su delantal negro.

—¿Veis ese perillán que va camino adelante?... Es Koufman, el tratante en bueyes. ¿Le veis bien?

Los dos mozañones alargaron la cabeza como dos sabuesos a los que se hiciera olfatear una pista.

—Ese pedazo de bruto lleva consigo cuatro mil francos. ¿Os enteráis? ¡Cuatro mil francos! ¡Vanaglo-

riándose de que no hay quien se los quite porque lleva encima no sé qué medallas!

—¿Y qué?

—¿Eso nada significa para vosotros?

—¿Para nosotros?

—Si no sois unos cobardes holgazanes, vais a echar por el atajo que cruza el prado de las avenas, llegáis al bosque, sin perder un segundo os adelantáis, dejando atrás la casa del peón caminero, y esperáis a Koufman en los Gueremeaux.... Supongo que no tardará sino una media hora en llegar después de vosotros... Le atrapáis como se os antoje, con el menos ruido posible, y dentro de dos horas los cuatro mil francos están aquí, en este cajón. ¿Quedáis enterados?

—No puede hablar más claro—gruñó el primogénito.

—Más claro que el agua—añadió el más joven.

Y volvieron a meterse en la taberna para coger los instrumentos de *trabajo*.

—Llevaos el hacha—dijo el padre.

Pero cada cual de ellos manifestó sus preferencias.

El más joven se había robado un día en la estación una de esas espigas de hierro de doble punta redonda, enormes, que sirven para apretar los ganchos de enlace de los vagones.

—Yo prefiero este juguete.

El mayor esperaba ya preparado.

—¿Y tú?

—¿Yo?

Y el mozállón sacó por toda respuesta un cuchillo de muelles con una hoja terrible.

—¡Como será preciso hacerle una sangría abundante!

Por un solo instante el vinatero vaciló...

—¡Sí! No hay más remedio.... ¡Las cosas se hacen como es debido, o nó se hacen!

Y los dos muchachos, después de escudriñar a

derecha e izquierda el camino desierto, atravesaron la carretera y desaparecieron por un sendero que se hundía en un sembrado de altas avenas.

* * *

Apenas el sol se hunde tras los ribazos bajos y lejanos que orlan de negro todo el horizonte, cuando el bueno de Koufman penetra en el bosque de Gueremeaux, **más** oscuro que un horno.

El buen tratante en bueyes marchaba pesadamente, cansado de la larga jornada.

En aquel sitio la carretera parece extinguirse, casi desaparece entre las dos líneas oscuras del bosque, y a cada paso el tratante en bueyes se ve obligado a aflojar el paso para esquivar los hoyos o las ramas que obstruyen el camino.

Llega al fondo de los Gueremeaux y comienza a subir la cuestecita que lleva otra vez a la carretera, cuando súbitamente un agresor miserable se precipita sobre él por detrás; un brazo de hierro le sujeta por los hombros; una mano crispada le tapa la boca, y como en una pesadilla horrible en que todos los sucesos se precipitaran, siente en la cabeza un choque terrible; la sangre se le agolpa, enloquecida, a las sienes, todo le comienza a dar vueltas alrededor, y el boyero se desploma sin dar un grito sobre la hierba húmeda.

* * *

¿Cuánto tiempo permaneció así, tendido, sin conocimiento?

Koufman no pudo precisarlo; pero cuando volvió en sí no tenía en su cuerpo una fibra que no le vibrara dolorosamente.

Desde la frente abierta la sangre le había corrido deslizándose desde el pelo a la barba, pegándole a

la cara toda una máscara de guijarros; su blusa, había quedado hecho andrajos; todos sus bolsillos estaban vueltos de dentro a fuera, y en las articulaciones de brazos y piernas las arterias galopaban en una carga insensata, como si todo se le fuera a deshacer en el cuerpo.

Después de varias tentativas inútiles, acertó al cabo a ponerse derecho, se arrastró hasta la cuneta, y allí, desvanecido aún a medias, se lavó el lodo y la sangre de que estaba cubierto.

Esta ablución le devolvió el vigor.... Koufman, entonces, vio a su lado el sombrero, el garrote, los restos de la blusa....

Pero no se sintió con bastante fuerza para terminar la larga cinta de camino que todavía le quedaba por hacer, y se dijo en voz baja, como hablándose a sí mismo:

—¡Yo creo que me conviene volverme a la taberna! El camino es andadero; allí podré reponerme y buscar mañana un coche que me lleve....

Entonces, arrastrando su cuerpo ensangrentado, volvió la espalda a los Gueremeaux y tornó sobre sus pasos.

Ya en camino y rumiando lo que le había acontecido, se dijo:

—El golpe ha debido darlo cualquier leñador, o algún facineroso.... En fin, gracias a Dios, he escapado con vida y no han dado con los cuatro billetes de a mil....

Y como en aquel momento Koufman sale del bosque, detiene el paso, y bajo el cielo de un azul negro, en que centelleaban innumerables estrellas, eleva una humilde oración besando devotamente sus medallas, que se ha encontrado en tierra y junto a la cuneta.

* * *

Desde hace una hora el tabernero está furioso, fuera de sí, con los ojos inyectados en sangre, a punto de escapársele de las órbitas.

De buena gana hubiera hecho tajadas a los imbéciles de sus hijos, que no sirven para nada y que vuelven aturullados como dos brutos.

—¡Ah! ¡Cuando uno es un animal, lo es, para toda la vida!—rugió el padre paseando a grandes zancadas la taberna, todavía iluminada, que proyectaba sobre la carretera una mancha brillante, casi siniestra, a través de los litros de ajeno del escaparate.

Los dos mozallones se mantienen lastimosamente de pie ante él, tartamudeando excusas que nadie quiere oír.

—¿Por lo menos le habéis quitado del todo de en medio?

—No.... Debe tener un cráneo de pedernal.

—¿Y no habéis encontrado nada?

—Nada.... y eso que hemos revuelto todo, blusa, bolsillos, chaleco.... los zapatos.... la camisa.... ¡Nada! ¡Nada!.... ¡Ni rastros de billetes!

—¡Imbéciles!—rugió el padre.

—Pero ¿qué es lo que hubiera usted hecho en nuestro pellejo?

—¡En vuestro pellejo, después de tumbar al buen hombre, me lo hubiera traído aquí a remolque para registrarle en plena luz.... hasta en la barriga!....

Acababa de pronunciar tales palabras cuando de repente una manó cansada dio dos golpecitos en la vidriera.

Es Koufman que vuelve todo cubierto de sangre, y que no ha podido entrarse de rondón a causa de haber echado el pestillo a la puerta.

El vinatero fue a abrir.

Cayó entonces, sobre todo en la taberna, un silencio de muerte.

Los dos hijos, espantosamente pálidos y sudándoles la frente, retrocedieron, buscando con las manos crispadas una pared en que poder apoyarse.

Sólo el padre permaneció de pie en la estancia, con los ojos dilatados de espanto.

—Comprendo vuestra estupefacción al verme en este estado—balbuceó el viejo Koufman.

—¡Ah!

—¡Estáis aterrados!—repitió con una sonrisa triste, que iluminó su faz de viejo, mientras se dejaba caer sobre una silla. ¡Dadme un vaso de cualquier cosa... de algo excitante! ¡No puedo más!

El vinatero le sirvió con una mano trémula, que apenas podía soportar la botella, un alcohol cualquiera.

—Figúrense—continuó Koufman—que llegaba yo a los Gueremaux, cuando de pronto me cae encima un bandido, y en un dos por tres héteme derribado sobre la hierba sin ver nada... aplastado.

—¿Sin poder haber visto nada?

—¿Ni siquiera al asesino?

—No—responde el boyero a esas dos preguntas que le dirigen casi juntas.

Entonces aproxímanse todos con un unánime impulso instintivo, y Koufman relata su historia con voz entrecortada.

Pero el padre no le deja concluir.

—¿De modo que le han robado a usted todo?—pregunta el tabernero acentuando su pregunta.

—¡Nada!--responde triunfalmente el boyero.--¡Absolutamente nada!... ¡Ah! Usted se ha reído antes de

mis medallas, y no obstante, me remito a la prueba; yo tengo aún los cuatro billetes de mil... sin una desgarradura...

El desgraciado no advirtió el modo singular con que tres pares de ojos le miraban.

—Pero, ¿dónde los ha escondido usted?—pregunta el tabernero con voz trémula.

—¿Dónde?

—¡Sí!

—En el forro del sombrero...

Y de nuevo un silencio terrible se desplomó en la taberna.

Durante algunos momentos las miradas de los tres hombres se encontraron con una mutua interrogación siniestra.--¿Conviene obrar de seguida, o esperar para ajustarle las cuentas?—parecen decidir.

Koufman, muy preocupado con sus heridas, pide una cama.

—¡La mía! ¡Le cedo la mía, amigo Koufman!--exclamó el tabernero.

—Sólo algunas horas, entiéndalo bien—respondió el boyero. Yo no quiero causarle el menor trastorno.

—Como usted guste—replicó el tabernero con un aire inquietante, como si no pudiera contenerse más,—como le plazca; pero entendido que no molesta en lo mínimo ... ¡al contrario!

Koufman se tira penosamente en la cama del cuarto del primer piso, precisamente emplazado encima de la taberna.

Las heridas le duelen mucho, muchísimo, y de tal modo, en medio del acceso de la fiebre, le resultan insoportables, que al fin resuelve levantarse para que

le den sebo o aceite con que poderse frotar todo el cuerpo.

Y a tientas, sin luz, con los pies desnudos, baja lentamente la escalera, cerrada al pie por una puerta que comunica con la taberna.

De pronto se para en firme: acaba de oír pronunciar su nombre.

Un rumor de voces quedas llega hasta él, al principio confuso, preciso después, y lo que comprende es tan horrible, que por muy boyero que sea se deja caer temblando sobre un escalón.

—¡Imbéciles! ¡Brutos!--exclamaba a la sordina el vinatero.--¿De modo que no se os ha ocurrido mirar en el sombrero, precisamente el sitio más a mano para esconder las cosas? ¡Quitaos de ahí! ¡Me da vergüenza hablaros! Ahora seré yo el que le ajuste las cuentas.... Esperad sólo una hora, a que esté más dormido, y ya veréis si yo tengo un puño de algodón al extremo del brazo.... y si sus medallas le sirven de algo....

Luego el tabernero preveía lo que había de suceder, explicando todos los detalles.... Iba a estrangular limpiamente al tratante en bueyes....

¡Valía más!.... Así no se vería obligado a cambiar de ropa, y antes de que se enfriara le echaría por la ventana al jardín del fondo, donde ellos, sus dos hijos, cavarían a escape una fosa profunda, una zanja de tres metros, por lo menos, bajo el montón del estercolero.... como si fuera para una vaca....

* * *

Loco de espanto entonces el boyero, ahogando sus pasos, vuelve a subir a su cuarto y mira por la ventana buscando un medio de salvación, no importa cuál.

¡Salvarse! ¡Imposible! De un lado el jardín, de otro, la carretera, sin duda.... Y de seguro que de arrojarse

por aquí caería como una masa precisamente delante de la puerta de la taberna, iluminada por tres lámparas de petróleo....

La caída, haciendo revivir sus heridas, le dejaría con toda evidencia en la imposibilidad de huir, aun en el caso improbable de que no lo descubriesen....

Entonces una resolución terrible le sube al cerebro.

¿Quiéren matarle? ¿Y lo quieren con decisión inquebrantable, porque es el segundo atentado en el espacio de dos horas?....

¡Pues bien, él es el que matará por defenderse!.... ¡Está en su derecho, reconocido por todas las leyes del mundo!....

En el acto busca un arma en torno suyo ... ¡Nada, ni un cuchillo.... ni un bastón.... ni un palo!.... ¡Nada!

Sin embargo, en fuerza de investigar descubre un pesado sifón, lleno de agua de Seltz, olvidado en un armario.

Ello constituye una maza terrible en manos que no sientan miedo. Se remanga la camisa y se esconde tras de la puerta por que deben entrar.

Allí aguarda lo que va a suceder, pudiendo, durante esta espera en medio de la noche silenciosa, seguir uno a uno todos los preparativos del asesinato.

Ya en el jardín cavan la fosa, precisamente bajo una pirámide de estiércol. Las paletadas de tierra que los dos mozallones lanzan vigorosamente caen pesadas y sordas.

—¿Ya está bastante honda?---pregunta uno de los hijos.

El padre debió inclinarse y reflexionar un instante.

—Ahóndala más---gruñó,---por lo menos unos cincuenta centímetros....

--¿No le vas a dar el golletazo en seguida?

—Cuando hayáis acabado....

Y los tres hombres reanudan el trabajo sin añadir palabra.

Cinco minutos después el padre se detiene.

—¿Dónde has puesto la maza?

—Detrás de la puerta.... ¿Por qué?

—Porque he cambiado de idea.... Voy a aplastarle el cráneo al viejo en vez de estrangularle.

Durante unos minutos busca la maza, y luego vuelve furioso al jardín; no ha encontrado nada en la taberna.

Entonces uno de los muchachos se va con él, volviendo juntos al cabo de un minuto.

El padre ha encontrado la maza, pero aún quiere cerciorarse de que la fosa está bien concluida.

—¡Esto está corriente!... ¡Fijáos bien!... Yo os lo echo aún caliente por la ventana, vosotros lo cogéis y en el acto lo zampáis en la fosa antes de que se quede tieso... ¡Se entierra mejor el cuerpo antes de que se enfríe! Luego, el tiempo de rellenar la zanja de tierra y rehacer el estercolero y os entráis en casa al galope.... ¡Sobre todo nada de luz! Bastaría cualquier transeúnte en la carretera para estropear el negocio.... Conque ¿quedáis enterados?

---¡Quedamos!

---Pues ahora me toca a mí....

* * *

El boyero, pegado entre la pared y la puerta, oyó al tabernero descalzarse.... El primer escalón de la escalera crugió suavemente.... Subía...

Envueltos en la noche, los dos hombres contenían la respiración para no delatarse uno a otro.... Llegado al descansillo, el tabernero se detuvo un segundo, como si hubiera vacilado un último momento...

Luego, con precauciones infinitas, empujó la puerta, y adelantándose de puntillas con cautela, se dirigió a la cama.

Mas no había dado dos pasos cuando el pesado sifón de seltz, blandido por una mano desesperada, enloquecida de espanto, cayó sobre su cráneo una vez, dos veces, como un hacha que hiere golpe tras golpe a un roble que se resiste a caer.

El tabernero dobló, al fin, las rodillas, tendió las manos atrozmente crispadas, y luego, exhalando un largo suspiro, se desplomó cuan largo era sobre el piso.... muerto.

---¡Eso está hecho!---murmuró uno de los muchachos, que había oído el terrible golpe de maza.

Por toda respuesta el boyero quita al tabernero el delantal y el chaleco, se los pone rápidamente, viste al cadáver con su propia y ancha blusa, desgarrada y llena de lodo, lía en un trapo el amasijo sangriento de la cabeza y arroja a los hijos el cuerpo, de tal suerte atado, de su padre.

Luego les oye arrastrarse febrilmente hacia el agujero; después, sin mirarle, a toda prisa arrojar la tierra y apisonarla fuertemente a cada paletada.

Pero los minutos están contados... El sifón se ha hecho pedazos, y lo que queda se halla lleno de sangre.... El boyero, a todo evento, coge la maza de hierro, y sin olvidar el precioso sombrero donde duermen los billetes de banco, se precipita por la escalera, cruza la taberna desierta y huye a todo correr por la carretera de tal modo excitado, que no siente el más mínimo dolor.

* * *

Dos horas después, cuatro gendarmes echaban pie a tierra ante la taberna, siguiéndoles detrás el tratante en bueyes en un coche guiado por un campesino.

Los dos muchachos, sentados en un rincón, hablan excitadísimo, no explicándose la desaparición de su

padre, el cual debía rodar por el campo como loco con los bolsillos llenos de billetes de banco.

La llegada de los gendarmes los dejó clavados en el suelo....

Y cuando en pos de los anchos tricorinos vieron surgir la silueta, siempre sangrienta e hinchada, de Koufman, al que ellos creían aplastado y enterrado, miráronse uno a otro pensando que soñaban e intentando comprender la verdad.

---¿Dónde está tu padre?---preguntó bruscamente el sargento al mayor.

---¡No lo sé!....

---¿Conque no lo sabes?.... ¡Pues yo te lo voy a enseñar!

Y yéndose derechamente al jardín:

---¡Coged ambos una horquilla---exclamó el sargento---y desalojad el estiércol de ahí!

Todo el pueblo había seguido el galope de los gendarmes, y en medio del espanto general los hijos desenterraron a su propio padre.

En su prisa de amontonar la tierra habíanle pateado, molido enteramente la cara, y al extenderse su cadáver, ya rígido, sobre la arena del jardín, el sol naciente rebasó la línea del horizonte iluminando toda la llanura.

Hubiérase dicho la manifestación anticipada de la inagotable, de la ostensible justicia de Dios.... El boyero hizo una señal de cruz y murmuró:

---¡Que Dios te perdone en en el cielo como yo te perdono en la tierra!

Luégo se volvió hacia los dos hijos.

---¡Muchachos! Yo os aconsejo que useis cada uno una medalla, que creo que necesitáis de toda necesidad!

PIERRE L'ERMITE